Valoración de título	trucción en utilidad, en motivo de juego y evasión. El punto de vista del niño facilita al poeta el acercamiento a esta realidad tan dura y el hablar de ella sin herir demasiado nuestra sensibilidad. Lo mismo han hecho otros escritores y directores de cine actuales –recordemos, por ejemplo, el caso de *La vida es bella*–.
Valoración del lenguaje y la estructura: gradación	El estilo nominal alude a vivencias de niño en una ciudad cero. El título «Ciudad Cero» es significativo: no importan tanto los nombres de la ciudad, de la revolución o de la guerra porque forman parte del inconsciente colectivo (observemos que los determinantes *un, una* de los versos 1 y 2 son indefinidos y que Cero no es ningún nombre propio). *Cero* connota destrucción, desolación; *Cero* es el título del poema de Salinas que recuerda la explosión de la bomba atómica, y también el punto de partida –como el Km 0 en las ciudades– de los recuerdos del poeta, es decir, Cero, Nada, es el centro neurálgico de su existencia y la causa de su dolor de adulto. Las enumeraciones son caóticas, como corresponde a un recuerdo lejano en el tiempo, pero la selección de vivencias está muy pensada: su sencillez y cotidianeidad causan mayor efecto; lo mismo que una cierta gradación ascendente tanto cualitativa como cuantitativa, ya que las experiencias recordadas van subiendo su tono trágico y a medida que esto sucede, aumentan las matizaciones de las mismas. Así se pasa de lo concreto a lo abstracto, de la sintaxis simple a la compuesta y de la mera adjetivación a la matización sin límites del sustantivo.
Intención	Los versos 8-15 muestran unas realidades concretas u objetivas tales como *vacaciones, Isabelita, coches, pisos, hambre* y *sangre* frente a otras más subjetivas de los versos 16-27 expresadas mediante los sustantivos abstractos *terror, dolor, miedo, ira*.
Relación contenido-forma	La sintaxis de los atributos de los versos 10-33 que se inicia siendo muy simple (con una sucesión de sintagmas nominales matizados con adjetivos o sintagmas con preposición), se empieza a complicar en el verso 14, precisamente con la mención de la sangre (metonimia muy acertada para rehuir el recuerdo doloroso de los muertos) y ya se complica definitivamente a partir del verso 15 mediante subordinaciones adjetivas (*un terror que duraba...; que, por algún resquicio...*), la sustantivación (*lo que el frágil rumor...*), la coordinada copulativa atípica (*para desvanecerse luego...*) o las aposiciones asindéticas de los versos 21,22 y 27 a 33, que tanto matizan los sustantivos.
Valoración e interpretación de la segunda parte. Relaciones de contenido entre ambas	Todo lo anterior da idea de la intencionalidad de este poema: el tono conversacional y la enumeración caótica no deben hacernos pensar en que no hay método en la escritura o no hay afán literario. Lo que aquí vemos es una búsqueda de un nuevo lenguaje, no por entendible menos sugerente; un lenguaje poético dolorido, lleno de metonimias, enumeraciones asindéticas y reiteraciones expresivas. Las metonimias en el texto dulcifican la visión de la guerra del niño y amargan la del adulto: en los versos 10-15 las *bragas de Isabelita, los cementerios de coches, los pisos abandonados* o *la sangre descubierta* carecen de la carga trágica que podrían tener los refugios en los sótanos, el caos callejero, las mudanzas constantes y los muertos de la guerra; y la reiteración de los versos 21- 22 y 40-43 de *las lágrimas, el miedo y la ira* ahondan en la pena, la cual se refuerza, además, con el asíndeton. No pasa desapercibida la repetición «obsesiva» (mediante anáfora y epanadiplosis) del pronombre indefinido neutro *Todo* de los versos 34 y 35, que alude a los recuerdos infantiles de la guerra; estos se han hecho borrosos con el tiempo, lo único que permanece es el dolor del que no fue consciente en su niñez. Parece que el poeta nos estuviera hablando y que desde su presente se asombrara de la crueldad de lo vivido de niño; por eso la adversativa *Pero como tal niño* (verso 8) se remarca con la mayúscula.
Opinión personal	¡Cuánta ironía del destino encierra este limbo de la niñez! Precisamente aquellos sentimientos abstractos, de dolor de los adultos, que se colaron en su alma sin él saberlo son los que lo definen como hombre, son los únicos que *resurgen, ya para siempre* y son, por tanto, los que repite al final haciéndolos suyos, heredándolos de sus mayores, y así los posesivos de los versos 20 a 23 (*sus lágrimas, su miedo, su ira sofocada*) se tornan demostrativos en los versos finales 40-43 (*este miedo, esta ira, estas imprevisibles y verdaderas ganas de llorar*) y la adjetivación de los versos finales resulta muy reveladora (el miedo es *difuso*, lo cual lo hace más difícil de controlar, de medir; la ira, *repentina*: si antes se debía sofocar, ahora surge como una explosión, como un desahogo y las lágrimas brotan de forma imprevisible y reflejan esa profunda angustia íntima.
Conclusión y cierre Recapitualción	Seguro que este sentimiento de Ángel González le es muy familiar a todas aquellas personas de su generación que sufrieron la Guerra. Los que hemos tenido la suerte de no vivirla en primera persona podemos sólo imaginar lo que supone crecer habiendo vivido una experiencia tan traumática. ¡Cuántas vidas quedaron truncadas! ¡Cuántos proyectos abortados! Siendo tan conscientes como somos de las secuelas nefastas de las guerras, no podemos entender ese empecinamiento de la humanidad en no aprender de los errores del pasado y seguir dirimiendo las diferencias mediante los conflictos armados. En conclusión, Ángel González es un claro representante de la «poesía de la experiencia» que se cultivó en la década de los 60. La vivencia de la Guerra Civil le ha marcado de por vida y es tema de sus poesías que tienen un tono dolorido y un estilo conversacional y nominal muy característico.